

AGENDA CIUDADANA

EL VOTO, EL FRAUDE Y “EL QUE PUEDE, LO HACE”

Lorenzo Meyer

Un Problema Congénito- En el **Dictionnaire du vote** (Pascal Perrineau y Dominique Reynié, eds., Prensas Universitarias de Francia, 2001), Christian Bidégaray asegura que en relación al fraude electoral ocurre lo mismo que con la infidelidad en el matrimonio: “el que puede, lo hace” (p.470).

Si la democracia representativa ya es el sistema político dominante, lo deseable sería, en relación al voto, que nos ocupáramos básicamente de estudiar sus tendencias, de explicar lo que mueve al ciudadano a dar o retirar su apoyo a un líder, a un partido o a un programa, pero ya no gastar más energía en resguardar la urna, en defender la autenticidad del resultado. Desafortunadamente no el caso y quizá Bidégaray tenga razón y, como sucede con la corrupción pública, al fraude se le pueda controlar y limitar pero nunca eliminar del todo.

Fue hace dos milenios y medio, en Grecia, cuando surgió un singular sistema de gobierno basado ya no en la supuesta diferencia en la calidad de los ciudadanos sino en lo contrario: en su igualdad. En el origen, los procedimientos de la democracia no necesariamente requerían del voto como el instrumento indispensable para decidir quienes deberían de ocupar los altos cargos de responsabilidad del Estado. En esa etapa inicial el sistema electoral funcionó en buena medida con base en el azar. En efecto, si todos los que tenían la calidad de ciudadanos —en la práctica, una verdadera minoría de propietarios— podían ocupar los cargos públicos, entonces la democracia permitía dejar en manos de la suerte la selección de los funcionarios, cuyo cargo estaba limitado en el tiempo y por reglas para su ejercicio aprobadas de antemano.

Sin embargo, también desde el inicio hubo temas que simplemente no era posible dejar a la casualidad, como, por ejemplo, las decisiones de culpabilidad o inocencia de ciertos acusados –Sócrates fue condenado a muerte por votación— o las propuestas de legislación presentadas ante las asambleas.

Ahora bien, desde ese lejano inicio hay evidencia de que hubo quienes encontraron conveniente y posible alterar los resultados; las pruebas no son irrefutables pero sí lo suficientemente claras como para haber resistido el paso de los siglos: entre los fragmentos de cerámica (tepalcates) que servían de boletas a los griegos, los arqueólogos han encontrado depósitos donde había varios con idéntica escritura y donde el voto estaba emitido en el mismo sentido. Así pues, fraude y democracia nacieron al mismo tiempo y siguen unidos.

El ya citado Bidégaray, señala que las modalidades del fraude son tantas como la capacidad de la mente humana para encontrar la manera de eludir las reglas establecidas. Desde una perspectiva puramente política, el fraude es una estrategia racional para alcanzar y mantener el poder. En vista de lo anterior, el fraude electoral no es algo que sólo aparece en sistemas políticos primitivos ni va desaparecer con el desarrollo del *ethos* democrático, sino que ha evolucionado junto con el resto de las técnicas desarrolladas para manipular el voto, y que van desde el trazado de los distritos electorales hasta la moderna mercadotecnia.

Evolución.— Sólo un sistema político elitista como el del mundo clásico —donde no votaban mujeres, jóvenes, esclavos, extranjeros ni personas sin propiedad— se pudo dar el lujo de fijar toda su atención en el puesto y ser relativamente indiferente a la persona que lo debía ocupar. En la democracia moderna —la de masas, la que nació a fines del siglo XVIII—, tan alejada del Ágora ateniense y tan manejada por políticos

profesionales, lo que menos se ha dejado a la suerte es la selección de quienes deben de ocupar los puestos de responsabilidad, pues junto a esa responsabilidad van unidos privilegios muy codiciados. Hoy, sin la elección de la alta dirigencia por la vía del voto, la democracia política simplemente es imposible de entender y operar. La competencia por el voto es el medio insustituible para combinar el supuesto de la soberanía popular con la realidad de la constante y dura competencia entre las facciones de las élites que conforman la clase política de cualquier país.

En los orígenes de la democracia moderna, Juan Jacobo Rousseau propuso como condición *sine qua non* que el conjunto de los ciudadanos, sin intermediación de partido alguno, se reunieran y votaran en asamblea, justo como ocurría en los cantones suizos. La Revolución Francesa y los ingleses lo intentaron por un corto tiempo, pero finalmente la democracia de masas se encaminó por la senda de los partidos y del voto supuestamente libre y secreto. En el voto a mano alzada –que se conserva en México en algunas comunidades indígenas-- el mecanismo para alterar el sentido de la voluntad popular estaba en la amenaza, el soborno o la presión. Con la introducción del sufragio secreto, la técnica para la alteración de los resultados cambió y multiplicó sus posibilidades, que van desde el robo de las urnas al algoritmo que modifique en las máquinas electrónicas el sentido del sufragio.

La lucha por la autenticidad del voto pareciera ser algo tan vital e importante que hace casi un siglo y para defender su esencia, en nuestro país se inició una revolución bajo el lema de “sufragio efectivo y no reelección”. Sin embargo, y justamente por su importancia como fuente de legitimidad, en México el voto terminó por ser parte de un proceso electoral perfectamente manipulado por un sistema político donde Estado, gobierno y partido oficial formaron una unidad. Fue necesaria

otra larga lucha para liberar al voto del control del partido de Estado y para hacer más o menos creíbles los resultados de las urnas. Pero el éxito no ha sido total y, como ya se dijo, quizá nunca lo será.

La experiencia mexicana no es más que una variante de la historia más general, una donde se siguen dando ejemplos de sistemas donde el fraude y la manipulación continúan torciendo de manera sustantiva la esencia de la voluntad ciudadana. Y ese ataque contra la esencia del instrumento básico para conocer la voluntad popular no sólo se da en países de atraso relativo sino también en los centrales y con una tradición democrática de siglos, como es Estados Unidos.

México.— En la última ronda de elecciones locales en nuestro país, destacan dos casos: el de las elecciones municipales de Baja California y las de gobernador en Oaxaca. En Tijuana, la mera abstención del grueso del electorado (más del 65%), combinada con un fuerte gasto en propaganda, permitió el retorno a la presidencia municipal de un grupo político identificado con lo peor del antiguo régimen, el antidemocrático. En Oaxaca el primer lugar también lo obtuvo la abstención (55%), pero la sospecha del fraude fue mayor. Según denuncia del Colectivo por la Democracia —una organización integrada por una veintena de organismos civiles de ese estado—, en las elecciones del pasado 1º de agosto, y pese a la existencia de unos cinco mil observadores, volvió a ser imposible evitar “acciones irregulares y prácticas fraudulentas” de los contendientes, como fueron la no insaculación de los funcionarios de casillas, la compra y el condicionamiento del voto más otras prácticas tan rebuscadas que resultaron imperceptibles para los observadores, (La Jornada, 19 de agosto; Proceso, 23 de agosto, 2004). Una de esas prácticas sofisticadas bien pudo ser electrónica, es decir, la manipulación del Programa de Resultados Electorales

Preliminares, que el Instituto Electoral del Estado de Oaxaca le encomendó, y sin mediar concurso alguno, a una empresa formada apenas 66 días antes de las elecciones y cuyo responsable formó parte del equipo técnico sospechoso de haber instrumentado la tristemente célebre “caída” a nivel nacional del sistema de cómputo de 1988, lo que retrasó el resultado final y posiblemente ganó el tiempo necesario para confeccionar la nada clara victoria presidencial de Carlos Salinas de Gortari, (La Revista, 9 a 15 de agosto, 2004).

Venezuela.- El 15 de agosto pasado una Venezuela extraordinariamente dividida, polarizada por la figura y las políticas de su presidente, el teniente coronel Hugo Chávez, fue a las urnas para ahí tomar una decisión de fondo. En esa ocasión el voto no fue para elegir sino para, de acuerdo a la constitución, reafirmar o revocar el mandato del presidente. El voto fue masivo pero precedido por una larga y enconada confrontación de claros tintes clasistas, entre el carismático presidente y sus enemigos, los agrupados en la Coordinadora Democrática (CD).

La enorme desconfianza entre los dos bloques requirió de la presencia de terceros en papel de árbitros: la Organización de Estados Americanos (OEA) y el Centro Carter, encabezado por el ex presidente norteamericano James Carter. Para la ocasión se emplearon urnas electrónicas pero con un respaldo de papel por cada voto emitido. El resultado dio un 59.06% a favor de la permanencia de Chávez y un 40.94% en favor de la revocación. La CD simplemente no aceptó este resultado y alegó un fraude cibernético: la presencia de un algoritmo en el sistema de computo cuyo objetivo fue revertir el resultado en algunas de aquellas urnas donde la oposición al presidente fuera adelante. La OEA y el Centro Carter debieron proceder a una doble revisión aleatoria de las máquinas de votación antes de certificar la victoria del

presidente. De todas maneras, la oposición persistió en su idea de que en Venezuela había habido, además del uso “populista” de los recursos petroleros a disposición del gobierno, un enorme fraude cibernético.

Estados Unidos.- En vísperas de las elecciones presidenciales de noviembre del 2004, y donde las encuestas muestran una división casi por mitades entre demócratas y republicanos, la prensa norteamericana ha vuelto a llamar la atención del público sobre el caso de Florida, donde en el 2000 se decidió la elección presidencial a favor de George W. Bush en medio de graves acusaciones y preocupaciones por fraude, pues fallaron las máquinas electorales y se “rasuró” el padrón electoral a fin de descartar a miles de votantes negros sospechosos de simpatizar con los demócratas, con el pretexto de que tenían antecedentes penales, aunque luego se descubrió que muchos habían sido incluidos en la lista de vetados sin razón.

Hoy Florida tiene flamantes máquinas electrónicas para votar, pero a diferencia de las de Venezuela, éstas no dejan ninguna huella en papel o de otra naturaleza del sentido del voto para poder comprobar a posteriori la fidelidad del resultado. Florida es el caso más conspicuo pero no el único cuyo sistema electoral está hoy bajo sospecha en Estados Unidos, pues hay indicios de posibles irregularidades o errores en Nueva York, Georgia o California, entre otros, (The New York Times, marzo 14, julio 11 y 23, agosto 10 y 20, 2004).

En Conclusión.- En Oaxaca, el Colectivo por la Democracia señaló que el fraude electoral ya era parte de “los usos y costumbres” de ese estado y su erradicación resultaba una tarea casi imposible, al menos en el corto plazo. En Venezuela se demostró que pasado un punto de división, encono y desconfianza, el

fantasma del voto fraudulento se materializa y perpetúa el problema. Finalmente, el caso de Estados --la democracia supuestamente modelo- es el que mejor ilustra la hipótesis de que el fraude es congénito a la democracia, y que la sospecha de la manipulación del voto es independiente del grado de desarrollo de una sociedad y de consolidación del régimen democrático. En suma, nunca podremos dar por seguro el proceso de votación; al voto siempre se le deberá vigilar, cuidar y proteger.